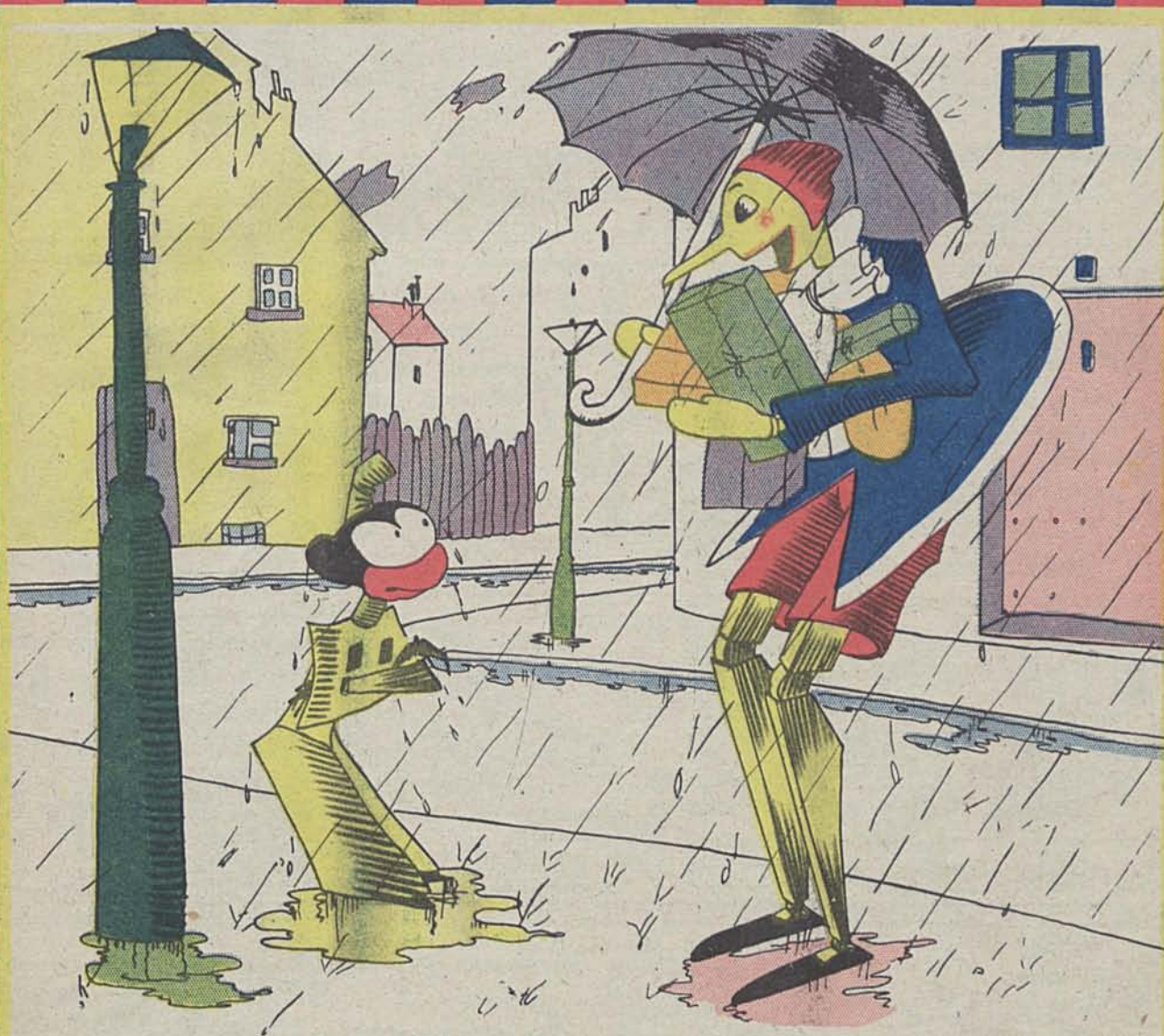


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 279

25 cts

22 JUNIO  
1930



— ¡OYE PINOCHO; VAS MUY CARGADO, TRAE QUE TE LLEVE EL PARAGUAS!

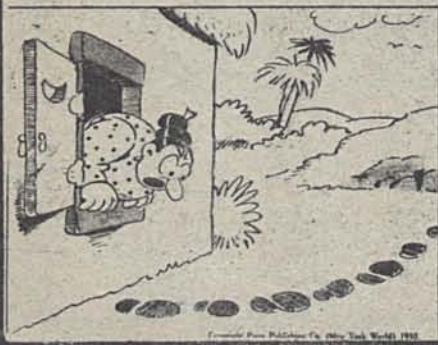
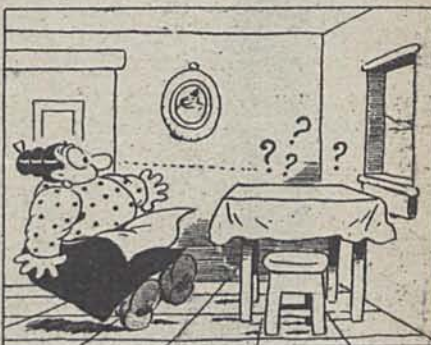
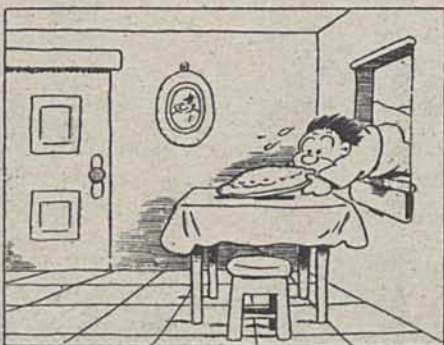
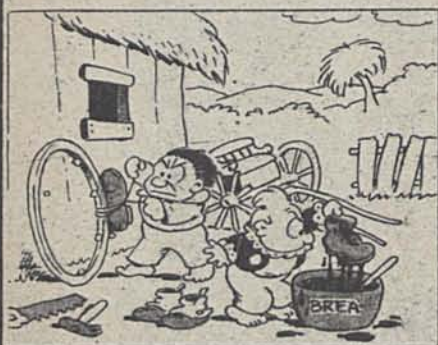
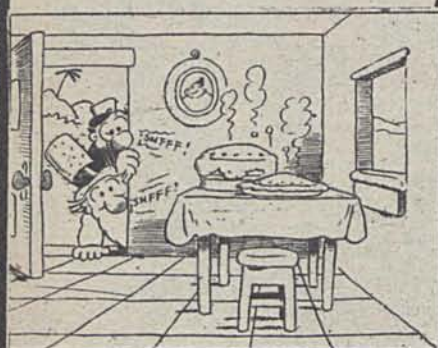


# PINOCHO

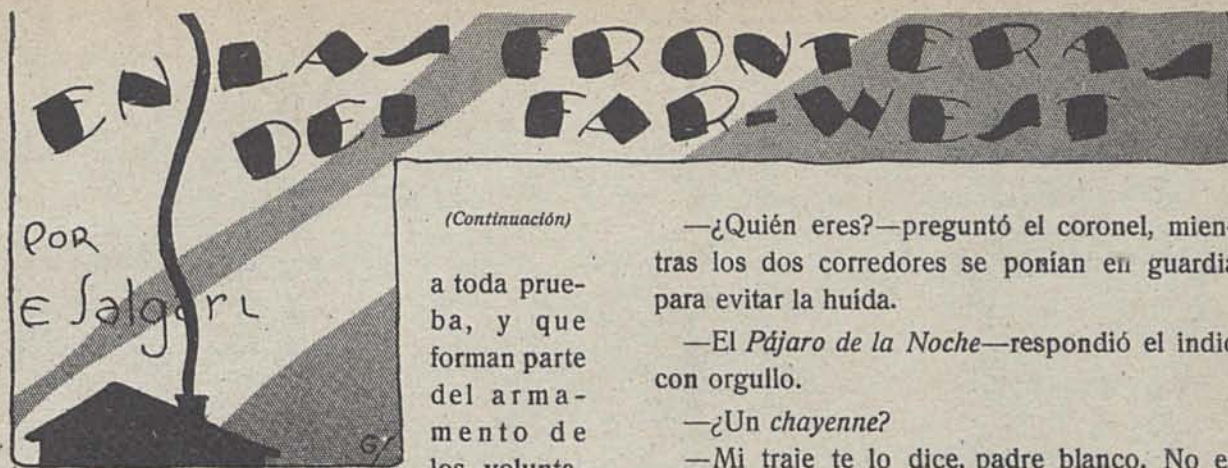
SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







rios que combaten en las fronteras indias.

Entre los dos brazos de la cruz formada por los furgones se levantaba una alta tienda, un verdadero wig-wam de construcción india, de forma cónica, reforzado por gran número de estacas para que pudiera resistir los vientos de las praderas, que tienen una violencia inaudita.

El interior estaba iluminado por una hoguera, alrededor de la cual discutían animadamente dos hombres, que debieron haber oído el ruido de los disparos.

Eran el coronel Devandel y su *indian-agent* o guía, John Maxim, verdadero tipo del aventurero.

Como la mayor parte de los yanquis de la frontera, eran de formas hercúleas, especialmente el segundo, que debía de estar dotado de una fuerza extraordinaria.

—Coronel—dijo Harris, levantando una cortina de la tienda y mirando al interior—, al fin le hemos capturado.

El comandante del pequeño cuerpo de observación se levantó en seguida, mientras el *indian-agent* empuñaba un rifle.

El *piel roja* permanecía inmóvil, mirando al coronel fija y tenazmente.

Sus ojos no habían expresado emoción alguna. Sabido es que los indios tratan siempre de ocultar sus propios pensamientos, sean alegres o dolorosos.

(Continuación)

a toda prueba, y que forman parte del armamento de los voluntarios

—¿Quién eres?—preguntó el coronel, mientras los dos corredores se ponían en guardia para evitar la huida.

—El *Pájaro de la Noche*—respondió el indio con orgullo.

—¿Un *chayenne*?

—Mi traje te lo dice, padre blanco. No es necesario que te lo explique.

—¿No sabes que estamos en guerra con tu nación y con los *sioux* y los *arrapahoes*, que se han coligado en nuestro perjuicio?

—Lo sé.

—¿Por qué tratabas de atravesar nuestro campamento?

—Porque debía llevar al jefe *arrapahoe* Mano Izquierda a su hija Minnehaha.

—¡Mientes! *Mano Izquierda* no hubiera cometido semejante imprudencia.

—No lo sé. Yo le he obedecido porque soy un guerrero y no debo discutir.

—¿Y dónde está esa muchacha?

—Se me fué de los brazos, y cayó al fondo de la garganta del *Funeral*.

El coronel se volvió hacia el *indian-agent*.

—¿Qué crees tú, John?

—Estoy convencido, mi coronel, de que este joven no es un indio de pura sangre, sino un mestizo, nacido de cualquier prisionera blanca y de cualquier *sioux*, más bien que de un *chayenne*. ¿No veis que tiene la tez más clara, los ojos casi azules, la melena menos crespa y la frente más alta? Además, mirad en su cuello la piedrecita azul del *Arca del Primer Hombre*, que sólo llevan los *sioux*. Este bribón trataba de engañarnos.

El coronel no respondió. Se había acercado al prisionero, que permanecía impasible y le miraba con extremada ansiedad.



El viejo soldado se había puesto pálido como un muerto, a pesar de estar habituado a toda clase de emociones, y su frente se cubrió de frío sudor.

—¡Dios mío!—le oyeron murmurar el *indian-agent* y los dos cazadores de las praderas.

—¿Qué os pasa, mi coronel?—le preguntó John Maxim al verle tan alterado.

—¿Le crees un mestizo?—preguntó el coronel, haciendo un esfuerzo supremo y pasándose la mano derecha por la frente, como para alejar algún penoso recuerdo.

—¡Apostaría mi rifle contra un cuchillo y dos collares!—respondió el gigante.

—¿Y le crees un *sioux*?

—El amuleto que lleva al cuello lo dice. Ni los *arrapahoes* ni los *chayennes* los llevan.

—¡Entonces es preciso que hable!

—¡Hum! ¡Estos *pieles rojas* son mudos como muertos!

El joven guerrero lo oía todo sin manifestar ansiedad alguna. Solamente dió un tirón de rabia a la piedra azul que llevaba al cuello, y que le había hecho traición.

El coronel dió dos o tres vueltas alrededor de la tienda como si quisiera serenarse de su emoción, y en seguida se acercó al prisionero, agarrándole por las muñecas y sacudiéndole brutalmente.

—¿Eres un *sioux* o un *chayenne*?—le preguntó con voz alterada.

—Soy un guerrero indio que hace la guerra contra los rostros pálidos, y nada más—respondió el joven.

—¡Quiero saberlo!

El *Pájaro de la Noche* se encogió de hombros, pareciendo prestar más atención al ruido de la lluvia que a las palabras del coronel.

—¡Tú has debido de tener un padre!

Otro leve movimiento de hombros, que exasperó a todos, y más que a nadie al *indian-agent*, por ser más profundo conocedor de los *pieles rojas*.

—¡Habla, desgraciado!—gritó el coronel—. ¿Quién era tu padre?

—No lo sé—respondió el joven guerrero.

—¿Era blanco o indio?

—No le he conocido.

—Y tu madre, ¿era una esclava blanca, o una *squaw*, *sioux* o *arrapahoe*?

—No la he visto nunca.

—¡Imposible!—gritó el coronel.

—El *Pájaro de la Noche* no tiene la lengua doble—respondió el *piel roja*.

—Dime al menos si eres un *chayenne* o un *sioux*.

—Puedo ser lo uno y lo otro. Además, ¿qué puede importarle al rostro pálido? He sido preso y sé cuales son las leyes de la guerra: matadme, y se acabó. ¡El Gran Espíritu me acogerá en sus praderas eternamente verdes!

—¡Eres un valiente!—le dijo el coronel, cuya voz temblaba, conmovida—. ¿Qué sangre tienes en las venas?

—La de dos razas—respondió el joven—. Ahora cumpla el hombre pálido su deber, ya que me ha preso.

—¿Y la hija de *Mano Izquierda*, el jefe de los *arrapahoes*?

—Habrá muerto. El huracán se desencadenaba, y mi caballo no podía soportar la luz de los relámpagos. Iba a ganar la extremidad de la garganta del *Funeral*, cuando el caballo dió un salto tan espantoso, que la pequeña Minnehaha se me escapó de los brazos. Si los *coyotes* no han devorado su cadáver, lo encontraréis entre las rocas.

—¿Tienes algo más que decir?

—No, rostro pálido.

—¿Y te figuras que he creído todo eso que has contado? No; tú ibas al campo de los *arrapahoes* para llevar alguna orden.

El indio permaneció impasible.

—Estamos en guerra con las tres naciones, y cada cual trata de sacar el mejor partido—añadió el coronel—. Mi deber es fusilarte.

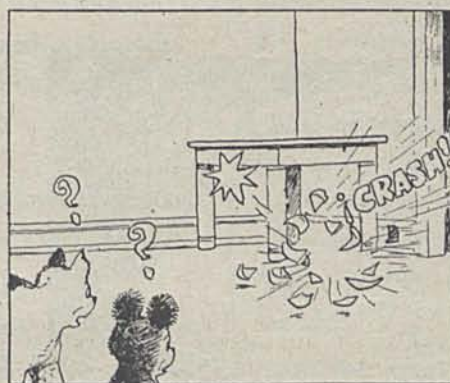
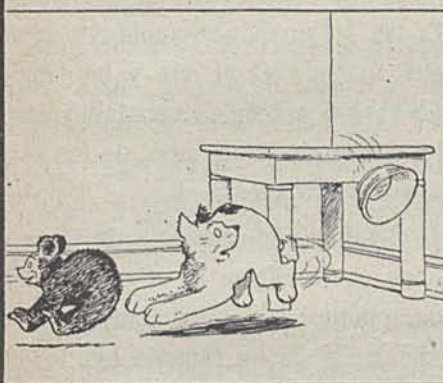
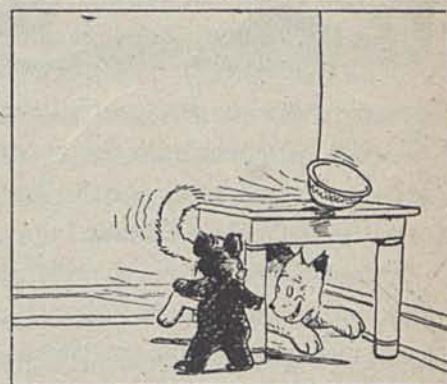
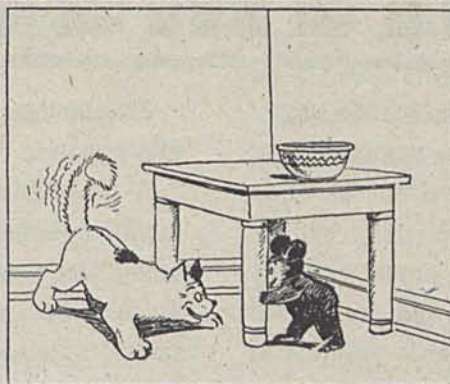
—Ya te he dicho que un guerrero no teme a la muerte—respondió el joven con orgullo—.

(Continuará en el próximo número).



# ANITA

## BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1932, by The Clowes Tribune



# en el país de los diamantes

**C**UERTO día que pasé en La Vallette, isla de Maita, trabé conocimiento con un viejo capitán holandés cuyo buque había anclado junto al nuestro muy cerca de la fortaleza llamada Figne.

Si la memoria no me es infiel me parece que me dijo que era natural de Rotterdam y que como casi todos sus compatriotas se llamaba Van... yo no sé si Steller o Blucher.

Puedo deciros en cambio con certeza que en aquel tiempo tenía unos cuarenta años, que era hombre de buen aspecto y estatura imponente, con cabellos rubios, ojos azules y piel tostada por el sol ecuatorial y por los vientos.

Con toda seguridad debía estar dotado de una fuerza hercúlea.

Tal lobo de mar había comenzado a navegar desde los siete años: más de quince veces había dado la vuelta al mundo visitando no sé cuantos países.

Entró su barco en el puerto con un mástil destrozado a resultas de un desastroso viaje a las Canarias y por este motivo yo, picado de mi curiosidad me encaramé en su buque para enterarme de qué modo le había acontecido aquel mal trance.

El holandés paseaba en aquel momento por el castillo fumando en una enorme pipa de porcelana.

Al apercibirse de mi presencia me invitó gentilmente a beber una copa de vino en su compañía como suele siempre hacerse entre compañeros de anclaje. Conocía perfectamente nuestro idioma y ello facilitó extraordinariamente mi intento de trabar amistad con aquel notable hombre de mar.

Todas las mañanas subía yo a su buque o venía él al mío y bebíamos algún vaso o botella en agradable compañía charlando del tiempo, de los viajes o relatando aventuras.

Un día, habiendo entrado de improviso en su camarote le ví que estaba contemplando con grata complacencia un diamante de un tamaño extraordinario.

Era tan grande como un huevo de paloma, de un esplendor incomparable, pero en el centro tenía una mancha amarillenta.

—¿Dónde ha encontrado ese diamante?—le dije con estupor.

El holandés me miró sonriendo, después señalándome con el dedo la mancha amarilla, me dijo:

—Si este diamante no tuviese este defecto tendría un valor inmenso. Yo no lo hubiera vendido por menos de algunos millones y en cambio por esa circunstancia solo vale la mitad.







—En todas formas vale una fortuna  
—contesté—. A pesar de la mancha  
yo lo quisiera para mí.

—Estoy seguro de que sí—, me contestó riendo.

—¿Dónde le encontró usted?

—Este diamante tiene una historia muy curiosa.

—¿Me la quiere usted contar?

—Véngase a comer conmigo. En menos tiempo  
que se beben dos botellas le contaré de qué manera  
tan extraordinaria vine yo a quedar como propietario  
de este diamante.

La proposición era muy tentadora para rechazarla  
así es que podréis suponer que acepté en seguida.

Al medio día el holandés y yo estábamos cómodamente instalados en su camarote ante una succulenta comida que hicimos desaparecer concienzudamente. Destapó una botella de vino añejo del Rhin encendió su pipa y reclinándose en una de esas cómodas sillas que los americanos llaman hamaca, comenzó a decir:

—Hace ya más de cuatro años que poseo este diamante y como vé no pienso venderlo a pesar de

que por él ya me ha ofrecido un joyero hebreo quinientas treinta mil liras.

En 1874 había aún ciertos mares que no eran muy seguros especialmente el que baña a la Indochina: existían aún bastantes nidos de piratas terribles que había que tratar de evitar con sumo cuidado. Aquellos bandidos marítimos montados en pequeñas embarcaciones y armados de largas espingardas hacían sus correrías por las costas de la gran isla de Borneo riéndose de los cañoneros ingleses y holandeses.

Sus escondites se hallaban en cierta isla desierta circundada de escollos inaccesibles o en la desembocadura de los ríos donde los barcos de arena impedían el paso a los barcos de guerra.

Apenas calculaban que podían intentar un buen golpe de mano, salían de sus escondrijos, se desplegaban en columnas rápidamente y caían sobre las pobres naves mercantes que saqueaban en seguida maltratando a las tripulaciones que oponían alguna resistencia y por último se retiraban a sus islas o a sus ríos.

Muchas veces no se contentaban con vaciar el botín de los barcos, sino que hacían prisioneros a los marineros y los vendían como esclavos en Borneo.

En aquella época tomé una vez un cargamento para Ternate y al salir de Colombo, la capital de Ceilán me vi obligado a pasar junto a las costas de Borneo con el peligro de ser atacado por esos terribles corsarios.

Habíamos llegado ya con toda felicidad a las aguas de la gran isla cuando, una mañana vino a avisarme un marinero de que un barco de aspecto poco pacífico nos seguía a corta distancia.

Subí en seguida a cubierta y no tardé en descubrir al velero de referencia. Era una de

esas grandes y pesadas embarcaciones que los chinos llaman *giunche* o *juncos* con proa cuadrada adornada con un dragón monstruoso, los mástiles provistos de velas toscas y un timón enorme en la popa.

(Continuará en el próximo número.)





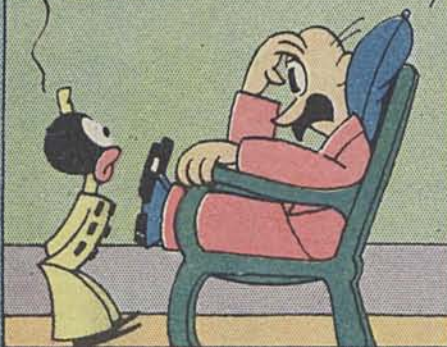


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, MORENO ¿QUÉ TOMARÍA YO PARA COMBATIR ESTA DEBILIDAD QUE ME CHAFA LAS FUERZAS?

USTED NECESITA TOMAR HIERRO. MUCHO HIERRO



PUES SI NECESITO HIERRO, VAMOS A POR EL. YA SABES QUE SOY HOMBRE DE RESOLUCIONES CATEGÓRICAS, PI-TAGÓRICAS Y TAQUIMÉTRICAS

¡ELE!



ALMACEN DE  
HIERRO VIEJO  
AL POR MAYOR Y MENOR  
OYNOSEFIA



PUES SI, SEÑOR, ME MANDA USTED A CASA ONCE TONELADAS DE CAMAS VIEJAS, CIENTO QUINTALES DE HERRADURAS Y MIL ARROBAS DE HIERROS RETORCIDOS



YA VERÁS QUÉ FUERZAS VOY A TOMAR DEL PUÑETAZO QUE VOY A DARLE A PAULINO LO DESUZCUDUNIZO

¡OLE LOS TIOS!



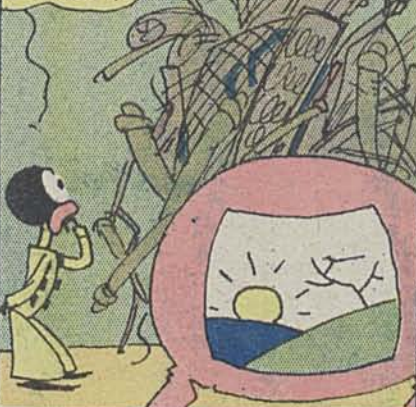
AHORA YO ME TUMBO EN LA CAMA Y TÚ ME ECHAS ENCIMA TODO EL HIERRO, A VER QUÉ PASA



¡POBRE PAULINO! LO VA USTED A DEJAR HECHO UNA OBLEA



OYE, NIÑO, QUITAME YA ESTE PESO QUE LLEVO OCHO HORAS AGUANTANDO HIERRO



¿QUÉ TAL EL TRATAMIENTO, DON TURU?

A PLASTANTE, CHICO, A PES- TANTE







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL VENENO DE LAS ROSAS

Casallo



RA el Príncipe Luis un muchacho de once años, amable, listo y cariñoso. Todos en la corte se hacían lenguas de sus raras cualidades, que le convertían en una legítima esperanza de su patria.

Mecieron su cuna las hadas más benéficas, que le otorgaron los más preciados dones: la belleza, el talento, la discreción y la prudencia. Una de ellas, la maga Terlina, la del dulce mirar y cabellos de oro, poniendo sus manos sobre la hermosa cabeza del Príncipe, dejó escapar de sus rosados dedos un effluvio azulado que, penetrando en el augusto niño, le infundió uno de esos hermosos sueños de color de cielo que hacen tan dulce el reposo de los niños, y que viven después en su memoria con perdurable fragancia.

—¿Qué hacéis?—preguntó el Rey, inclinándose para besar a su hijo.

—Acabo de protegerle contra los dardos de la envidia, que es un sentimiento ruin siempre al acecho de las almas nobles y generosas para herirlas y dañarlas.

Creció el Príncipe entre los cuidados solícitos de sus ayos y de sus maestros, y en poco tiempo superó a cuanto de él pudiera esperarse.

Tenía el Príncipe cuatro hermanas mayores que él, y cuyos miserables corazones se abrasaban de envidia por su hermano.

Tan hondo y tremendo se hizo el dominio de la odiosa pasión sobre las desdichadas Princesas que perdiendo toda noción de humanidad decidieron matar a su hermano. Una tarde marcharon al monte inmediato al palacio y allí buscaron la cabaña de una vieja hechicera.

—¿A qué venis, Princesita?—preguntó la vieja.

—¡Odiamos a nuestro hermano!, dijo la mayor.

—¡Nos oscurece!, dijo la segunda.

—¡Queremos que muera!, dijo la tercera.

—¡Sí, sí!—terminó la última.

La bruja, gozosa al encontrar otros seres perversos como ella, asintió con un lento movimiento de cabeza. Quedó un instante pensativa y luego, poniéndose en pie, trazó un círculo en el suelo, encendió unas hierbas secas que despidieron extraño olor, pronunció unas palabras misteriosas, y apareció una

hermosa mujer de ojos azules, vestida de rosas, con una hoz de plata en una mano.

—Yo soy la Primavera—dijo—, ¿Qué queréis de mí?

—Que muera el Príncipe Luis—le contestó la bruja.

—¿Cómo he de matar yo, que doy la vida, visto los campos de verdura, doy hojas y flores a los árboles, trino al ruiseñor y esperanza a los corazones? ¿Cómo quieres que yo mate al protegido de las hadas?

—No me sirves—gruñó la vieja—; vete.

Hizo otros signos la bruja, desapareció la Primavera y apareció el Verano, representado por otra hermosa joven con ojos negros que brillaban como el sol.

—No te serviré; yo sazonó los frutos y los entendimientos; mi calor templó los corazones; no puedo matar al predilecto de las hadas.

Y saludando con desdén a la bruja y a las Princesas, desapareció.

Surgió entonces el Otoño, coronado de pámpanos y llevando en la mano un haz de doradas espigas, copa de oro y un racimo de uvas. Cuando la vieja le hizo la proposición, contestóla:

—Yo doy a los hombres el fruto de su trabajo, y no sirvo para cometer acciones viles.

Y se desvaneció como sus compañeras.

Se presentó el Invierno, tiritando; el frío glacial que se desprendía de él, dejó casi heladas a las Princesas.

—Daos prisa—dijo el Invierno, moviéndose para entrar en calor—. ¿Queréis que muera el Príncipe? Pues no contéis conmigo.

Y sacudiéndose el abrigo, lleno de nieve, se marchó.

Irritada la bruja, hizo que apareciera una extraña mujer, lujosamente vestida, más con la cara tan seca, que dejaba ver la horrible calavera. Era la Envidia.

—Yo os complaceré—dijo en cuanto se enteró de lo que deseaban—, porque siempre protejo las malas pasiones; entrad esta noche en el cuarto de vuestro hermano cuando esté dormido, aspirad el perfume de este pomo y os convertiréis en flores. Vuestro aroma envenenará al Príncipe y lográis vuestro propósito.

Marcháronse las Princesas, y aquella noche penetraron con







sigilo en el cuarto de su hermano; destaparon el pomo, y, al aspirar su aroma, quedaron convertidas en rosas. Como las flores despiden de noche un aliento ponzoñoso, poco a poco las rosas comenzaron a envenenar el aire de la alcoba del Príncipe. Éste respiraba ya con dificultad e iba a perecer, cuando una mano invisible abrió una ventana, y un suave soplo ahuyentó los vapores maléficos, sustituyéndolos con un sano perfume que deshizo la acción del veneno. Por aquella ventana penetró el hada Terlina, que, acercándose al Príncipe, le despertó, extendió luego la mano hacia la puerta, y al momento acudió el Rey, acompañado de su corte, como atraído por una fuerza misteriosa. Al ver al hada, preguntó la causa de su visita.

—Os he llamado para que seáis testigos de un acto de justicia. Unas personas de la corte, aconsejadas por la Envidia, han querido matar al Príncipe. ¿Qué castigo merecen?

—La muerte—dijeron todos.

—Pues bien, las Princesas han sido las culpables; ved esas flores, cuyas emanaciones envenenan al heredero de la corona.

Al decir esto, extendió la mano, y las Princesas dejaron de ser flores para adquirir su forma verdadera.

—Éstas son las culpables—añadió el hada.

—Las perdono—dijo el Príncipe.

—No queremos perdón—exclamaron ellas, llenas de ira.

Y, lanzándose sobre su hermano, quisieron herirle con las uñas; pero el hada las convirtió rápidamente en espinosos cardos.

Inútiles fueron los ruegos del Príncipe para suavizar el castigo, que, aunque duro, era merecido.

El Príncipe puso en una gran maceta las feas plantas y regábalas él mismo; más ellas, amarillas de envidia, trataban

de clavarle las espinas apenas se acercaba. Todos los años, al llegar el día y dar la hora en que se convirtieron en cardos las Princesas, recobraban éstas su forma verdadera; y el hada preguntábalas si pedirían perdón a su hermano por el daño que intentaron causarle; pero las tres, llenas de odio reconcentrado, se obstinaban en su maldad y no se arrepentían.



—¿Tenéis algo que pedirme?—preguntaba el hada.

—Que muera nuestro hermano—decían, llenas de envidia.

—Pues, entonces, volved a ser cardos hasta el año que viene.

Y las Princesas volvían a ocupar su puesto en la maceta.

Cierto día observó el Príncipe, al regarla, que uno de los cardos se había convertido en rosa, más los dos restantes le punzaban sin piedad. Llamó a la maga, y preguntóle la causa del cambio.

—Esa es tu hermana menor, que está arrepentida de su conducta, por lo cual las otras la martirizan.

—¿Y no podrá evitarse eso?—preguntó el Príncipe compadecido.

—Ahora lo verás—dijo el hada.

Y, mandando traer un vaso de agua, salpicó con ella las plantas que se convirtieron en las Princesas. Dos de ellas quisieron golpear a la menor; más entonces el hada las volvió a convertir en cardos; y, en cambio, besó cariñosamente a la Princesa arrepentida, cuyo rostro, embellecido por los nobles sentimientos

de su corazón, estaba resplandeciente. Se festejó en palacio tan grata novedad y vivió agasajada y feliz con su familia.

En cambio, los generosos cuidados del Príncipe no pudieron evitar que la Envidia secara los dos cardos, que murieron por su pecado.

El Príncipe reinó con acierto; y sus años, bendecidos por Dios, fueron muchos y muy felices.

Huid de la envidia, que es una de las pasiones más repugnantes. Sed generosos y caritativos, y viviréis tan felices como el Príncipe de nuestro cuento.







# ¿QUE QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—¿Quieres que hoy hablemos de los diamantes, amigo buho?

—De lo que tú quieras. Cualquier tema me parece excelente. Y este que me propones es en extremo interesante.

—¿Cuáles son las minas de diamantes de mayor importancia del mundo?

—Desde luego las del Transvaal, en Africa del Sur. También las hay muy famosas en el Brasil, pero no llegan ni con mucho a producir lo que las del país de los boers.

—Serán un gran negocio ¿verdad buho?

—Fabuloso. Puede calcularse, sin temor a incurrir en exageraciones, que las minas del Transvaal producen anualmente un ingreso por valor de siete millones de libras esterlinas.

—¿Son muchas pesetas? Porque yo, en cuestión de cambios, no ando muy fuerte, muy fuerte.

—Tú eres un comodón muy grande, querido Chononcito, y no quieres molestarte en hacer la reducción de libras a pesetas.

—No lo creas. Dime cuantas pesetas representan una libra y verás qué pronto hago la reducción.

—Al cambio normal son veinticinco pesetas.

—Entonces siete millones de libras son ciento setenta y cinco millones de pesetas.

—Muy bien; veo que multiplicas sin equivocarte.

—¡Qué lástima que no descubriésemos tú y yo una mina de diamantes en uno de nuestros paseos por el campo!

—Cuestión de suerte, Chonón. Es curioso conocer la forma en que estas famosas minas fueron descubiertas. Hablo de las minas de Kimberley (Transvaal) que son las más célebres de todas las conocidas.

—Cuéntame, cuéntame, que debe de ser interesante.

—Fue en 1869. Un viajante de comercio, que recorría aquella región vendiendo a los boers algunos productos procedentes de la Ciudad del Cabo, se detuvo un día en casa de un cerrajero cuyos chicos, pequeños todos, jugaban haciendo rodar por el suelo unas bolitas como de cristal, de un color extraño y, atraído por aquel raro y bonito aspecto del juguete, les pidió una para conservarla como recuerdo.

Regresó el viajante a la ciudad y al cabo de cierto tiempo tuvo en su casa la visita de un joyero, amigo suyo, quien por casualidad vió la bolita y ¡qué sorpresa tan enorme al reconocer en ella un diamante de veintinueve quilates!

—¡Qué sorpresa y qué alegría! Porque si los niños jugaban con semejantes bolitas había que suponer una gran abundancia de ellas.

—El viajante se puso en seguida caminito de Kimberley y ya cerca de la población encontró a un hotentote a quien compró por muy poco dinero un diamante de más de ochenta y tres quilates, que le valió en la reventa más de once mil libras esterlinas.

—Bonito negocio. Para hacerse rico en cuatro días.

—Este enorme diamante valía mucho más. Fue una piedra preciosa que por su tamaño y sus luces se hizo famosa. Se le conoce con el nombre de la «Estrella del Africa del Sur» y actualmente está valuada en varios millones de pesetas.

La noticia del hallazgo de los primeros diamantes, (las bolitas con que jugaban los niños) y la de la adquisición de la famosa «Estrella» cundió rápidamente por el país, sobre el que cayó una verdadera legión de buscadores de fortunas.

—¿No hubieras tú también ido, querido buho?

—A título de curioso, sí; para ver las escenas a que la codicia precipitaba a aquellos hombres. A otra cosa, no. Ya sabes que a mí, el dinero, no me hace falta para nada. Solo ambiciono salud y muchos libros, para aprender muchas cosas.

—¿Pero aún te quedan cosas por saber?

—Muchísimas. El campo de la cultura no tiene límites. Cada día, cada hora, cada minuto, puede aprenderse una cosa nueva y nuestra vida, ocupada constantemente en aprender, resultaría muy corta para saber todo cuanto puede saberse.

—Me desconsuelas, mi sabio buho.

—¿Por qué? ¿Porque creas que yo lo sabía todo?

—Y porque me figuraba que dentro de unos años, lo sabría yo también. Pero veo que por muchos años que vivamos hemos de morirnos ignorando muchas cosas.

—Eso es inevitable, Chonón. Pero ofrece en cambio una ventaja.

—No la veo.

—Pues es sencilla de ver. Como el aprender cosas proporciona un placer y siempre hay temas nuevos para satisfacer las exigencias de los más curiosos, podemos pasar la vida saboreando siempre la agradable sensación de conocer cosas nuevas. En cambio, si los temas se agotasen...

—Tienes razón. Nos aburriríamos porque pérdida la esperanza de lo desconocido nos aburriría el hastío.

—Discurres bien, Chononcito.

—Bueno, sigue hablándome de los diamantes, y dejemos las divagaciones.

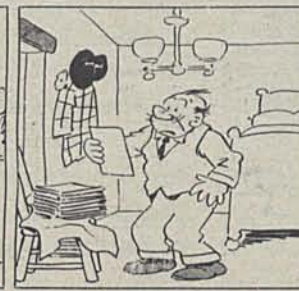
—Hay que dejar todo, Chonón. Es muy tarde y hemos de poner punto final a nuestra charla.

—¡Qué lástima! ¿Y no la podemos continuar en nuestra próxima entrevista?

—¿Por que, no? La seguiremos en la inmediata y ya verás qué cosas más curiosas te contaré sobre las minas de diamantes. Hasta otro día.

—Adiós, amigo buho, hasta otro día. Y no olvides que la charla queda en pie para continuarla en cuanto volvamos a vernos.

—No lo olvides tú tampoco, Chononcito.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pirula  
M.<sup>a</sup> Luisa Iglesia



Mis amigos  
Paco Pino, 8 años



Auto de Pinocho.—Luis Ramón



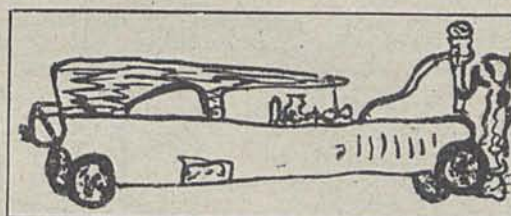
Alegoría  
A. Chavarría



Una casa.—F. Vilariño



Retrato  
Humberto González



Tomando gasolina.— Carlos Zulueta, 8 años



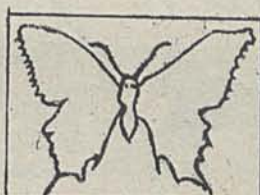
Mi lechera  
Concha Córdoba  
8 años



Dorotea  
Aurorita de Castro



Ganso  
Gabrielito Alvarez



Una mariposa  
Juanito Capola, 6 años



Mi amiga Pirula  
África S. de León



Una paloma  
Abelardo Rodríguez



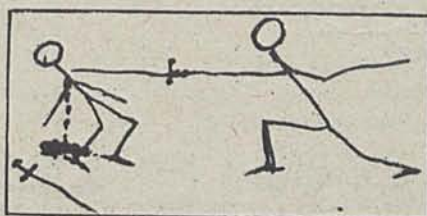
Currinche  
A. Rubio, 11 años



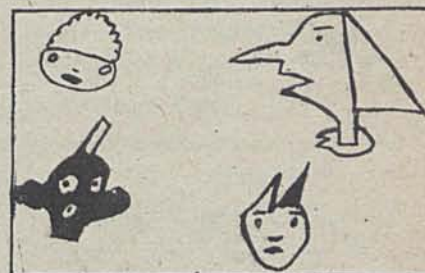
Currinche  
Enriqueta Egúen



Gumersindo Gómez  
Mi amigo Chapete



Duelo a muerte.—Kiki, 6 años



Personajes pinochistas.—

Mercedes Vicenti



Dolores Vellares  
Mi primo Enrique



Aurorita  
Mi hermana Matilde



Escena criolla  
Germán González



Laura  
Pilar Allí



Modernista  
Carmen Arriola



Pelucho  
Enriqueta E. García



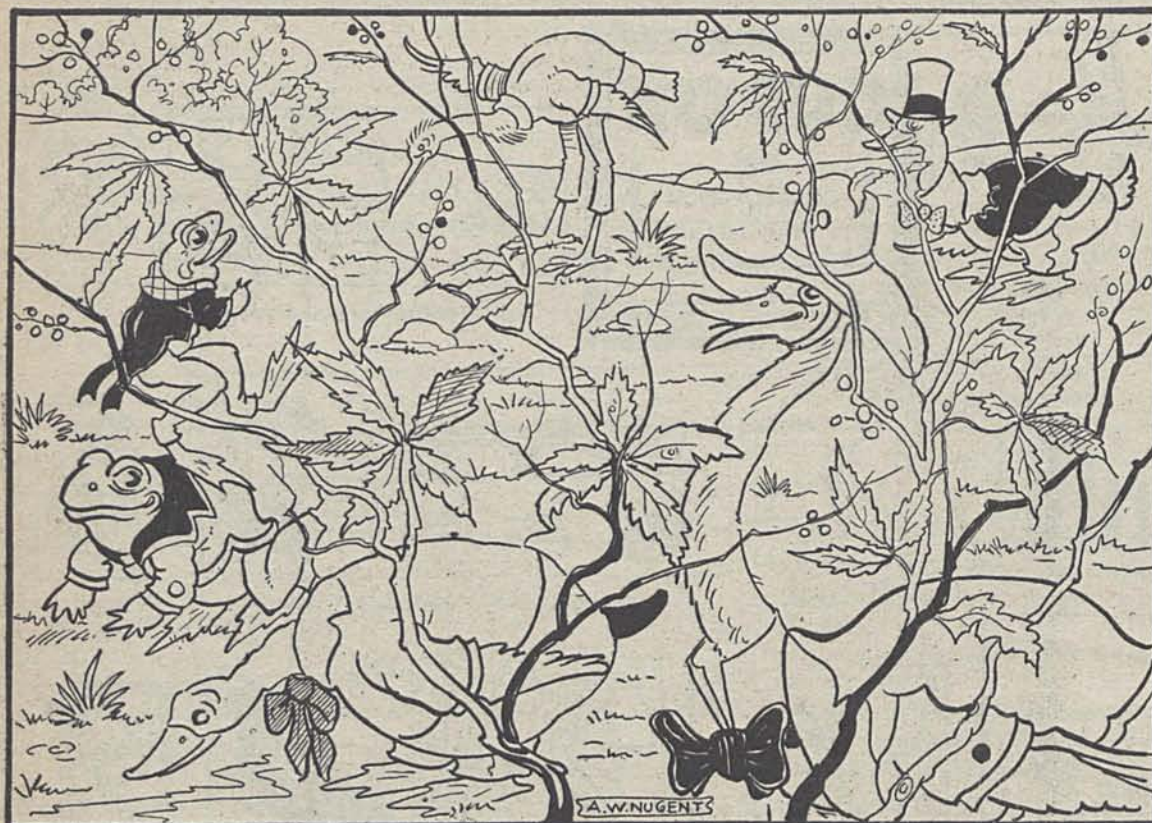
Pelucho  
Carmen Serena



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

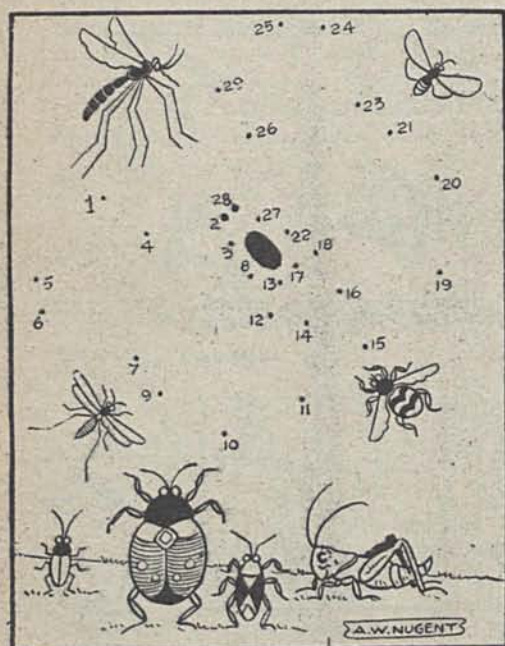
## LAS TORTUGAS FILOSÓFICAS



Dos simpáticas tortuguillas iban de paseo por el país de los patos, hablando de la Vida, cuando de repente cayeron en dos trampas que unas ingeniosas ranas habían dispuesto.

¿Podéis decir dónde están las susodichas ranas?

## LOS NÚMEROS EXTRAÑOS

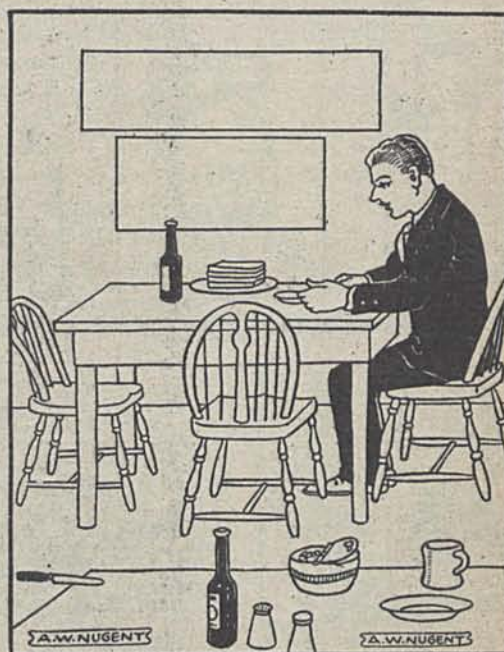


Descifraréis su extrañeza si los unís por líneas siguiendo el correspondiente orden.

Ocho errores hay en este dibujo.

¿Cuáles son?

## DIBUJO CON ERRORES







# CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**JUANITO DE LA SERNA.**—Me acuerdo muchísimo de tí y me ofende el que solo puedas sospechar otra cosa. Mi afecto hacia mis queridos amigos es inquebrantable, imborrable e imperecedero. ¿Tu mapa? No puedo decirte con exactitud dónde está en estos precisos instantes, porque es imposible que yo sepa eso, pero lo que sí sé es que si no se ha publicado, se publicará. Estaba muy bien hecho, como también lo está el buque últimamente enviado que es un modelo de simplicidad y de expresionismo. Tuyo siempre.

**MARIANO CARVAJAL.**—Conservaré tu lindo trabajo titulado «a una ermita ruinoso» como oro en paño para publicarlo cuando sea posible, porque por ahora no lo es, ya que la enorme cantidad de dibujos que tengo en espera no me permite disponer de espacio para trabajos literarios. Un fuerte abrazo.

**JULIA Y FELÍN SÁNCHEZ.**—Vuestros preciosos dibujos se publicarán en cuanto sea posible y esto será en cuanto les llegue su turno. De lo bonitos que son os hablaría muchísimo pero cuanto os dijera sería pálido al lado de la realidad. Enhorabuena y abrazos.

**CARMEN ALLÍ.**—Ya he dicho que te envíen el número de mi revista que me pides. Tus tres dibujos son tres maravillas, pero he tenido que comprarle un violín a Morronguis porque dice que él no es menos que su amigo. Siempre tuyo.

**JOSÉ GERBOLÉS.**—Me parecen de perlas tus lindos dibujos y no hay para qué decir que se publicarán en cuanto les toque su turno. Mándame cuantos trabajos hagas, porque los haces muy requetebien. Tu admirador y gran amigo.

**LUISITO CARCÉS.**—He recibido tus soluciones pero la única solución que no encuentro es la que he de adoptar para traducir tu carta a la escritura

cristiana, porque es preciso que convengas conmigo en que esos garabatos son de escritura árabe pero en modo alguno de la nuestra. Tu gran amigo.

**MANOLITO P.**—Es una lástima que «tu» verso esté ya impreso en letras de molde en un libro que publicó el poeta Selgas hace ya años. Y digo que es lástima porque es lindísimo y me gustaría mucho contar entre mis amigos pinochistas al autor de composición tan inspirada. ¡Es una lástima! Ya sabes que siempre es tuyo gran amigo.

**MARISA ALARTE, PILARÍN PRÓSPER, L. ALARTE Y CONCHITA VENTURA.**—Mis queridísimas y simpáticas amiguitas. Suponéis muy bien al suponer que son muchos (infinitos) los dibujos que tengo pendientes de publicación y ¡cuánto siento no poder complacer con más rapidez a tantos y tan buenos amiguitos! Tened paciencia y esperad que ya veréis como todo llega. Los dibujos últimamente recibidos son unas joyitas de graciosa sencillez e insuperable trazo. Currinche, Don Turu, Anita, Pirula, etc., etc., os colman de abrazos, con muchos más de vuestro gran amigo.

**MARISA ACEVEDO Y JOSEFINA GARCÍA.**—¡Qué bonitos, qué graciosos y qué expresivos son vuestros trabajos! No dejéis el lápiz de la mano porque en él tenéis un gran porvenir. Os lo asegura vuestro gran amigo y admirador.

## Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Enero

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Rafael Ayllón.

Segundo premio.—Salvador Barrionuevo.

Tercer premio.—Joaquín Sandoval.

Cuarto premio.—Hermenegildo Giner.

Quinto premio.—Alejandro Martínez.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Pilarín Rucaba, María Luisa Brunet, Valentín Ruiz, Fernando Galván, Pepito Fontiveros, Rufo Peláez, Alberto Tomelloso, Pedro Antolínez, Fernandito Gasmeña, Carmelo Peters, Ceferino Aguilar, Pablo Ostalay, Benito Martínez y Fernandito Alvarez.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## Premios a la colaboración pinochista del mes de Enero

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Juan E. Verdesoto.

Segundo premio.—Víctor Padureano.

Tercer premio.—Erick Malthian.

Cuarto premio.—María Caro.

Quinto premio.—Ramón Romero.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Rafael Melero, Arsenio Almajano, A. Laborda, Carlos Calvín, Conchita Clavell, Juan R. Silió, Inés Jaraquemada, Rosario Losada, Rafael Díaz, Gabriel Alvarez, Elisa Hernández, un desconocido, Andrés Ruiz de la Rosa, Juan Muresa y Pepito García.



# SECCIÓN PIRULA



CHARLAS DE PIRULA... PINTORA  
Y BORDADORA

## ¡POBRE CORDERITO!

Dorita no está del todo conforme con su suerte; eso de ser una niña mimada por sus papás, por sus tíos y por sus abuelos, tener muchos juguetes, estudiar cosas interesantísi-

mas, leer libros divertidos, poseer vestidos lindísimos, ser suscriptor a «Pinocho» y asistir a las funciones del Guinfol que lleva el nombre de nuestro narigudo héroe (funciones tan bonitas que, como no se os habrá olvidado, hasta hay una que se llama «Taholi, Tahola y el brujo Pipirigallo», en que salgo yo misma, yo, Pirula, escribiendo un cuento para vosotras en mi pupitre) todas estas cosas deliciosas, de que disfruta Dorita, no la acaban de satisfacer.

Pues ¡no es poco exigente Dorita! ¿Qué más puede desear una niña? ¿Qué más querrá? ¿Ir a la luna? ¿Ser estrella de cine? ¿Cruzar el Atlántico a nado?

No; lo que le gustaría a Dorita—bueno, lo que ella cree que la gustaría—es... ser pastora.

Esas pastorcitas de cuenta, vestidas de azul, con trenzas rubias, que guardan sus rebaños en un prado verde, junto a una fuente arrulladora, la encantan.

Yo me he preguntado a veces si lo que a ella la encanta, no es el final del cuento, cuando la pastora se casa con un príncipe ataviado con traje de raso gris perla, que viene a pedir su mano en carroza de oro; y si ella lo que quisiera es ser pastora... para acabar siendo princesa.

Pero no; Dorita no es tan tonta que se crea que las princesas son más felices que las demás personas, porque vivan en un palacio y lleven corona de perlas. Ella quisiera ser pastora y seguir siéndolo siempre (y eso que

¿cómo nos podemos imaginar una pastora vieja?) y si fuese un príncipe a pedir su mano, ella le rechazaría por no separarse de sus corderos.

Porque naturalmente, Dorita no cuidaría más que corderos; nada de vacas grandotas y sucias, ni de gansos torpes y chillones. Corderitos blancos a los que ella rizaría la lana con bigudís y les pondría una cinta de seda rosa al cuello; corderitos que la mirasen con ojos lánguidos, y la dijese dulcemente con voz temblona: «¡Beeeee! ¡Beeeee!»

Siempre que Dorita piensa en la horrible aventura que le sucedió a un pobre cordero con un lobo cruel, se le saltan las lágrimas de pena. Conocéis seguramente esa fábula que ha sido escrita por un poeta francés llamado La Fontaine, que vivió hace tres siglos; pero no resisto al gusto de recordárosla.



Érase que se era un corderito dulce, bueno y tontote como lo son todos los corderitos, que se hallaba bebiendo en un río, cuando de pronto he aquí que llega un lobo, hecho una fiera... como de costumbre; el lobo está siempre hecho una fiera.

«¿Cómo te atreves—ruge el lobo—a enturbiar mi agua?»

Si el cordero hubiera sido tanto así de listo hubiera comprendido que el lobo buscaba un pretexto para comérselo y se hubiera largado sin contestar; pero se conoce que no era listo ni tanto así y el pobre se metió en explicaciones:

«¿Cómo podría yo enturbiar el agua de Vuestra Señoría—protestó con humildad—si yo bebía a más de veinte pasos de distancia de Vuestra Señoría?»

«¡Pues la enturbias!—repitió el lobo con rabia; pero comprendiendo que ese pretexto no era bueno buscó otro en seguida y añadió—. Además sé que el año pasado hablaste mal de mí!»

«¿Cómo es posible eso, si el año pasado yo no había nacido?»—dijo el cordero.

¡Pobrecillo! ¡Ni un año tenía! Pero tampoco le valió esta disculpa:

«¡Si no eres tú, será un hermano tuyo!»—gritó el lobo.

«¡No tengo hermano!»—exclamó el corderito.

«Pues será cualquier otro pariente o amigo tuyo, pues ya sé que me queréis poco vosotros, vuestros pastores y vuestros perros.»

Y ya, sin más ni más, va el lobo agarra al cordero, se lo lleva al fondo del bosque... ¡y lo devora!

Esto debió de ocurrir hace mucho tiempo, en aquellos tiempos remotos en que los animales hablaban y los fabulistas los comprendían. Desde entonces, no creo que haya vuelto a darse otra discusión semejante entre un lobo y un cordero, o, al menos, no creo que nadie la haya oído.

Pero lo cierto es que, con o sin discusión, los lobos hambrones y despiadados siguen devorando a los corderos dulces y tontones.

Y lo peor es que no se los comen solamente los lobos, sino todo el mundo.

¡Pobres corderos! Que desgracia la suya de tener una carne tan tierna, blanca y sabrosa ¿verdad?

En compensación, vamos a honrarlos tomando su retrato por modelo, de decoración y de labor.

El bordado lo haremos de una manera muy original: el cuerpo del cordero será un trozo de piel de añela, recortado y aplicado; los contornos se bordan a punto de cadeneta, así como la barrera y la casa; los árboles, a punto lanzado.

El mismo motivo puede pintarse fácilmente en banquetas, armarios o mesas de la alcoba.

Ya está Dorita disponiéndose a llenar su cuarto y sus delantales, su bolsa de costura y su sobre de servilleta, con sus amados corderos; esto la consolará de no ser pastora.

